



RECUERDOS ESCONDIDOS

Por Roxana Redondo Saussol

En el invierno de 1963, el internado de M.^a Cristina en Aranjuez parecía detenido en el tiempo.

Aquel edificio de paredes frías y pasillos interminables guardaba en su interior las voces suaves de niñas que habían aprendido demasiado pronto a no hacer ruido.

Eran hijas de oficiales del Ejército, pero en realidad eran, sobre todo, hijas de ausencia.

Cada mañana comenzaba igual, el timbre metálico, las camas alineadas, el uniforme perfectamente doblado, las monjas caminaban con paso firme, como si el orden pudiera rellenar los huecos que nadie nombraba. Pero entre las niñas, en los pequeños gestos, se colaba otra vida.

A veces, por la noche, cuando el dormitorio quedaba en silencio y solo se oía el roce de las sábanas, mi mejor amiga M.^a Geli susurraba algo bajito, como si hablara con alguien que no estaba.

Yo, en la cama de al lado, no decía nada. Sólo alargaba la mano en la oscuridad, hasta encontrar la suya. No hacía falta nada más.

Habíamos llegado siendo tan pequeñas que casi no recordábamos otra vida. El Colegio M.^a Cristina era casi todo lo que habíamos conocido. Los pasillos largos, el olor, las voces contenidas, pero en ese gesto mínimo —dos manos que se buscan sin mirar—, había algo que no nos habían enseñado. Algo que no venía de los uniformes ni de las normas.

Era una forma de decir: «Estoy aquí». Y... aunque el mundo les hubiera quitado tanto, en ese instante, tan breve, tan frágil, no estábamos solas.

Inés siempre se despertaba la primera, antes que las demás, le gustaba mirar por la ventana empañada del dormitorio. Desde allí veía los jardines helados y, a lo lejos, los árboles desnudos. Decía que en primavera aquel lugar debía ser bonito. Nadie le discutía, aunque ninguna recordaba haberlo visto realmente, debido a nuestra poca edad.

Mi mejor amiga era M.^a Geli, que tenía una risa inesperada y divertida que a mí me encantaba, y siempre soñaba con volver a casa. Tenía muchas amigas, Isabel era una que coleccionaba cosas inútiles como caramelos, papeles, botones... para no olvidarme de las cosas pequeñas, decía.

Yo no siempre entendía, pero guardaba también algún tesoro en el bolsillo por si acaso me venían los recuerdos.

Los domingos eran distintos. Había misa, silencio largo y después, a veces, visitas.

Algunas niñas salían corriendo al patio cuando escuchaban su nombre, otras fingían que no les importaba, aunque sus ojos se quedaban clavados en la puerta.

Inés nunca recibía visitas y muchas amigas tampoco.

Por eso habían inventado un juego. Cada domingo, después de la comida, se sentaban bajo una escalera y se contaban cómo hubiera sido si su familia estuviera allí. No mentían del todo, sólo completaban lo que faltaba.

«Mi padre me habría enseñado a montar en bicicleta, decía Inés». «El mío me habría llevado a esquiar, decía Pilar», etc.

Y, en ese intercambio, algo se llenaba, aunque fuera por un rato.

Una tarde de febrero nevó, no era habitual, y el internado entero pareció cambiar de humor. Las monjas permitieron que saliéramos al patio. Las niñas corrimos, gritamos, rompimos por unas horas la disciplina invisible que siempre nos rodeaba.

Hice una bola de nieve y la lancé sin apuntar, le dio a la madre Desamparados en el hombro, fingió enfadarse, pero enseguida respondió. Pronto todas estábamos riéndonos, cayéndonos y olvidando.

En medio del bullicio, nos paramos, miré alrededor, las caras rojas, los guantes mojados, las carcajadas... Y, por un instante, sentimos algo nuevo: no era exactamente felicidad, pero se parecía.

—¿En qué piensas? —me preguntó Inés acercándose.

—En que esto.... —le dije señalando la nieve, el ruido, el caos—, no duele.

Inés asintió seria por primera vez.

—Entonces habrá que acordarse... respondió.

Los inviernos siguientes fueron parecidos, las niñas crecieron, algunas se marcharon, otras llegaron. El edificio siguió igual, con su disciplina y su silencio. Pero en algún rincón entre sus muros y los recuerdos, quedó atrapada aquella tarde de nieve como tantas otras cosas, y aquellas noches de mi amiga M^a Geli y yo cogidas de la mano.

Una tarde en la que, sin padres, sin certezas y sin promesas, un grupo de niñas huérfanas descubrió que la alegría también podía existir, aunque fuera breve, aunque doliera un poco, y quizás por eso, precisamente por eso, valía más.